

## LA PLUMA INGRÁVIDA

(Noticia de José Moreno Castelló en el CL aniversario de su nacimiento)

Por *Manuel Urbano Pérez Ortega*  
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

**S**I bien nacido en Sanlúcar de Barrameda, Cádiz —«en el mes más corto del año y cuando aún faltaba un día para el décimo y dos lustros menos un año para que mediara el siglo»; o sea, el 9 de febrero de 1841— a José Moreno Castelló hay que estimarlo como giennense, ya que en Jaén, ciudad a la que vino en la infancia, «cuando yo apenas contaba algún año más de la media docena», transcurrió la práctica totalidad de su vida y en ella realizó dilatada actividad docente, política y literaria, que le hicieran testigo destacado y uno de los protagonistas de la pequeña capital de provincia, la que sin exceso sobrepasa los treinta mil habitantes, y a la que amó profundísimamente.

Fue hijo de un modesto empleado administrativo a quien «azares de la fortuna y exigentes necesidades de vida trajeron a esta antigua y nobilísima ciudad de Jaén», donde, entre las cesantías tan propias de la época, ocupara diversos puestos burocráticos tanto en empresas como en la administración local. A los diez años ingresa en el viejo instituto de la calle Compañía para realizar estudios de bachillerato y, una vez finalizados, por dificultades económicas familiares suspende durante bastante tiempo el inicio de la licenciatura, dedicándose, mientras tanto, a recibir enseñanzas de dibujo. En plena adolescencia residió durante dieciséis meses en Hinojares, donde su padre, a la sazón, ejerció como secretario del Ayuntamiento. Tras el regreso a la capital no debió mejorar la capacidad pecuniaria de la familia, puesto que, adentrado en la juventud y cuando ya tiene establecidas re-

laciones sentimentales con María Dulcenombre García Anguita, antigua compañera suya en el vetusto caserón de los jesuitas, señorita de la alta burguesía giennense y hermana del renombrado médico, es cuando José Moreno marcha a Madrid con precarios medios y sin ayuda alguna para cursar la carrera de Filosofía y Letras, alcanzando la licenciatura en la Universidad de Granada antes de los tres años de su inicio. Tras opositar, Moreno Castelló se instalará definitivamente en Jaén, donde ocupa el puesto de profesor auxiliar de Psicología, Lógica y Filosofía Moral del instituto, y en esta ciudad contraerá matrimonio el tres de septiembre de 1868. Con ocasión de la negativa de Manuel Muñoz Garnica a jurar la Constitución de la Gloriosa, éste es separado de la cátedra y nombrado para sustituirle José Moreno Castelló, quien, desde entonces, la ocuparía de forma ininterrumpida a lo largo de su vida y tras consolidarla por oposición.

Larga y prolífica será la dedicación literaria, fundamentalmente poética, de quien se alza como el autor giennense del XIX que más publicara, tanto en periódicos y revistas provinciales —*El Industrial*, *La Semana Católica*, *La Mantilla Colorada*, *El Norte Andaluz*, *El Cero*, *El Pueblo Católico*, etc.—, como regionales —de Granada, Sevilla o Cádiz, tales como *Cádiz*, *Revista de Letras*, *Ciencias y Artes*, excelente y prestigiosa publicación dirigida por Patrocinio de Biedma, o la *Crónica de los Cervantistas*— e, incluso, nacionales, como lo eran *El Eco del Tormes*, periódico salmantino dirigido por el giennense Matías Pastor y García, o los madrileños *El Bazar* o *El Correo de la Moda*. *Álbum de Señoritas*, publicación esta última en la que tendría acogida, como tantos otros jaeneros, por mediación de Juan Antonio de Viedma; igualmente, su nombre —en ocasiones firmará como «El Aprendiz», pseudónimo para trabajos satíricos y burlescos— estará presente en numerosas coronas poéticas, en la práctica totalidad de los números del *Álbum de El Industrial*, donde efectuará cuarenta y una entrega en los dos años, así como en los *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla*, en *El Romancero de Jaén* y tantas otras publicaciones colectivas. Fue, así mismo, activo concejal del ayuntamiento de la capital dentro de los sectores conservadores y miembro de la Comisión de Monumentos —junto a Federico de Palma y Camacho, también catedrático y poeta, haría imposible la demolición del Arco de San Lorenzo—, de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y del Ateneo Científico, Artístico y Literario de Jaén, del que fuera fundador —1874— y sobre quien recayó el discurso inaugural; también, en unión de Montero Moya y Almendros Aguilar, crea en 1898 la revista de corta existencia *¡Viva España!*, destinada a recabar ayuda a raíz del desastre colonial; por cierto, la amistad entre

estos tres poetas jaeneros se alzará, a pesar de las notorias diferencias ideológicas y políticas, como indisoluble lazo que contiene, fallecidos Bernardo López y Juan Antonio de Viedma, el más apretado y aceptable haz de la poesía giennense de la segunda mitad del pasado siglo. Finalmente, deben ser reseñados sus trabajos de cátedra, todos ellos de innegable influencia tomista, entre los que sobresalen *Tratado de Psicología* —Impta. de los señores de Rubio; Jaén, 1879— y el *Tratado de Filosofía Moral*, que debiera aparecer aproximadamente por ese mismo año, pues su segunda edición está datada en 1881 —Impta. de los señores de Rubio, Jaén—; ambos manuales destinados a los alumnos de segunda enseñanza y escritos cuando ya su autor es doctor en Filosofía, profesor honorario de la Escuela Dantesca de Nápoles, así como miembro de la Academia Sevillana de Buenas Letras —esta benemérita institución le galardonaría, junto a Eloy García Valero, José Suárez de Urbina y otros autores, en el Certamen Literario de 15 de abril de 1884—, de la de Ciencias y Letras de Cádiz, de la Cervantina Española y socio fundador del Círculo Promotore Partenopro de Nápoles; con posterioridad y con idéntica finalidad docente publicaría en la Impta. de Rubio *Principios de Lógica y Principios de Ética*, ambos en 1885 y, al año siguiente y en los mismos talleres, *Compendio de Religión*, una serie de obras en las que sigue a Balmes y a la escuela católica más conservadora cuando no decididamente reaccionaria. Con anterioridad, en 1880 y desde la Impta. de los señores de Rubio, edita *El libro de los Mandamientos*, un librito de ciento doce páginas con el que pretende desentrañar a los alumnos de Instrucción Primaria el contenido de los preceptos divinos y que hoy, desde la preliminar «Advertencia a los señores profesores» hasta el índice, donde no encuentra frase para titular el capítulo del sexto mandamiento, nos parece recargado de trasnochada verborrea y contundentes oscuridades que nos producen verdadera perplejidad al sólo pensar que sirviera de instrumento de pedagogía religiosa y formación católica a niños recién salidos de «la doctrina».

Si prolífica e incontenida fue la pluma de Moreno Castelló, la que no estuvo ociosa hasta el último de sus días, también amañó con prontitud, como nos confiesa en un texto autobiográfico que contiene el valor añadido de servirnos de testimonio de la alta consideración y de la influencia literaria que poseía en Jaén y en plena adolescencia Bernardo López, poco mayor de dos años que nuestro autor: «Entre las amistades conté, para dicha mía, la obra de otro niño como yo, inflamado desde muy tierna edad del espíritu poético, dotado de fogosísima imaginación (...). A su discreto fallo sometí mi primer vagido en la poesía; pulió las quintillas que dedicaba

“A una flor”, que entregó a un periódico».

Por cuanto hace a su producción literaria en libro, Moreno Castelló publica en 1876 —Jaén, Impta. de los señores de Rubio— *El sueño y la realidad*, loa teatral en verso y doce escenas para conmemorar el aniversario de la muerte de Cervantes. Texto excesivamente sonoro, en su mayor parte escrito en octosílabos y endecasílabos, romances y décimas, y en el que se ensalza la figura del autor del Quijote en un diálogo entre el tiempo, la envidia, la fama, la gloria, España y el propio Cervantes, del que es fácil obtener el sentido final de la obrita.

Entusiasta del teatro y autor de diversas piezas, que fueron representadas aunque no editadas —como pueden ser los juguetes cómicos en verso y en un acto «El hombre temible», «El juicio de Salomón» o «La solución del problema», que tuvieran vida dentro de la Sección Dramática de la Económica—, en 1881 publica en Jaén —Impta. de los señores de Rubio— *Receta para nervios*, juguete cómico en verso y en un acto con dieciocho escenas, en el que se prescribe para «curar los nervios», tan en paralelo con «las exigencias naturales» de las señoras, una buena dosis de jarabe de estaca.

El doctor Jerez Justicia ha querido ver entre los protagonistas de esta piececita al propio autor en Plácido y, a su señora, en Juana. Aunque no la comparto, puesto que, por ejemplo, la práctica totalidad de sus libros se los dedica Castelló a su «idolatrada esposa», no me parece tal opinión excesivamente descabellada, ya que en la obra se ofrecen los melindres y melodramas de una mimada dama que, al aparentar largas y enojosas enfermedades del sistema nervioso, obtiene cuanto desea del subyugado esposo. Es posible que nuestro poeta, quien casara con mujer ya enferma y de la que no obtuvo descendencia, como tantos hombres de la época achacaría a causas de la histeria los padecimientos de su esposa, que no eran más que un proceso reumático y el que, tras dañarle el corazón, le ocasionaría la muerte. La enfermedad, diagnóstico y tratamiento eran, según la jocosa pieza, los siguientes:

*«Ella siempre tan enferma.  
Cuando no la mano el pie,  
cuando no el pie, la cabeza.  
Los nervios, como ella dice,  
ni un sólo instante la dejan  
y en medio de todo, come,  
duerme bien y se pasea  
y se compone y se mira,*

*se haya siempre dispuesta  
para salir. Y es que hay males  
que el diablo que los entienda.  
¿Y qué hacer? No hallo remedio,  
sus nervios me desesperan  
y van también a arruinarme  
por evitar otra escena.*

.....  
*Pues si no es más, tú procura  
que en otro mal no se meta;  
yo te daré una receta  
y de fijo que se cura,  
cuando de quicio te saque  
que no será cosa rara,  
le mides con una vara  
y se le quita el ataque».*

*Pensamientos y armonías* —Impta. de los señores de Rubio; Jaén, 1885—, volumen de significativo título y amplio en extremo, ya que en sus más de cuatrocientas páginas se albergan ciento treinta poemas, algunos de considerable extensión, es una entrega que, como el propio autor viene a apuntar en el prólogo, tiende a ser todo un banderazo de salida al campo de las letras a la búsqueda de la atención crítica nacional. El libro, como tantos otros de la época, contiene, sin criterio de organización y sin mayores espigues selectivos, gran parte de los textos que publicara con anterioridad en periódicos y revistas, si bien, a mi entender, no fue del todo acertada la recopilación, ya que no incluye algunos poemas, tales como «Anacreónica», «La memoria de un ausente», o «Mi cantar y tu hermosura», que aparecieran en el *Álbum del Industrial* y que se nos ofrecen mucho más juveniles y cercanos a nuestra sensibilidad que una buena parte de los contenidos en este tomo. Así, con las más distintas métricas y formas —octavas, quintillas, décimas, sonetos, seguidillas, odas, etc.— canta a Granada, al amor, a la patria, a las grandes figuras de nuestra literatura y un sinnúmero de temas en los más variados tonos y registros, desde el grandilocuente de la escuela sevillana, al suave de la balada, aunque siempre se hará notar un romanticismo en exceso tardío y en el que se amalgaman sonos zorrillescos o esproncedianos —visibles notoriamente, pongamos por caso, en «Al torrente»—, ecos de Campoamor o Grilo e, incluso, de su amigo Bernardo López García, éstos tan evidentes en el poema «Al pie de la reja», que más

bien parecen un mal calco de «Serenata», conocida y excelente pieza del famoso cantor al Dos de Mayo.

Moreno Castelló se ofrece en esta caudalosa entrega, ante todo, como hábil versificador que sabe edificar el poema, aunque a veces lo fuerce y cargue de excesiva retórica, envarada prestancia y vacía sonoridad, que resultan más insufribles en medio del secarral de imágenes; no obstante ello, acredita muy buenas facultades para las composiciones de metro breve, ante todo, romancillos, seguidillas y baladas, en las que, en ocasiones, saltan metáforas felices:

*«Su pie pequeño  
es un copo de nieve  
sobre el sendero».*

igualmente, la décima, como ya le señalase Cossío, es forma que realiza con soltura, como lo evidencia en «Al arte musical» y, ante todo, en el muy romántico «El mendigo», tema éste por él muy querido y que le servirá de soporte, una vez tras otra, para abogar por la resignación y la caridad como remedio de las injusticias sociales. Pero, insisto, los mayores aciertos los obtendrá el poeta con sus composiciones menos ambiciosas, como en *El ángel de la guarda*, donde rebrinca tierno el arrullo de la nana, o en los dulces y bucólicos versos *A Laura*, o en *Horas perdidas* —donde, una vez más, aparece su musa pastoril, Laura—, *La flor de la inocencia*, o, por último, *Auras de abril*, del que destacamos sus primeras estrofas»:

*«Batiendo entre flores  
sus trémulas alas,  
preciados aromas  
recojen las auras.  
De abril son aliento  
que el valle embalsama,  
que inspira a las aves,  
que riza las aguas,  
que lleva murmullos,  
que miente esperanzas,  
que llega hasta el monte,  
que torna y que pasa.  
Turbado el silencio  
de noche callada,  
imita el suspiro  
el pecho que ama».*

Sólo unos meses después, y en lo que se me ofrece como desmedido afán de presencia y notoriedad, aparecerá *Bromas Ligeras* —Impta. de los señores de Rubio; Jaén, 1885—, un grueso tomo de poemas satíricos y festivos, en gran parte ya publicados y a los que cabría adjudicar estas sus estrofas satíricas, que pueden servirle de autorretato:

*«y a fuerza de escribir versos  
se gasta el papel a resmas».*

Epitafios, letrillas, epigramas, romancillos, etc., sobre los más variados personajes y tipos del XIX —modistillas, políticos, cesantes, médicos, maestros de escuela y toda la catarata humana— se dan cita a lo largo de las abultadas páginas y, como el propio título del libro viene a indicar, retratados con alegre desenfado al que va bien el metro breve; si bien contiene otras composiciones más ambiciosas, como la «Epístola a Quevedo», de más de trescientos versos y escrita en «muy entonados tercetos» desde los que se zahieren las costumbres del tiempo, o «Las obras del progreso», poema con ínfulas filosóficas en el que, con trasfondo moralizante, el poeta pretende flagelar lo que entiende como deshumanización del siglo XIX, para él demoledora piqueta de valores tradicionales. A este significativo poema, que con anterioridad viese la luz en los folletones del *Album de El Industrial* (1), como ha sido señalado por el profesor Sáncho Sáez, el «verso se encrespa contra la ciencia de su tiempo, especialmente la filosofía alemana:

*«Siendo yo la unidad de lo que soy,  
yo soy en mí el pensante  
porque dentro de mí viviendo estoy.  
Yo soy y en mi esencia  
queda mi ser entero y uno;*

---

(1) En realidad, el poema, que el autor fecharía en 1877, apareció publicado por vez primera y con el título entre más que significativos signos de admiración en el número VIII de la «Revista de las Provincias» —Oviedo, 15 de julio de 1877—, excelente publicación dirigida por Fermín Hernanz, en la que, igualmente, colaboran los giennenses García Negrete, Manuel M.<sup>o</sup> Montero y Manuel G. Rentero, quien en el número anterior, 1 de julio, ofrece una interesante crónica socioeconómica de Bailén. Además de las colaboraciones que en su lugar se citan, Moreno Castelló dio en esta revista dos crónicas sobre la realidad cultural de Jaén —números 3 y 5, correspondientes, respectivamente, al 1 de mayo y 1 de junio de 1877.

Debo estos datos, que me llegan en el momento de corrección de pruebas, a la impagable gentileza y altruismo cultural que caracterizan a don Enrique Toral. Por considerarlos de interés los incorporo a esta simple reseña del poeta gaditanogiennense, aunque ellos trunquen la estructura del texto en el que, al pretender ofrecer al lector una simple noticia del autor, incorporé la bibliografía esencial dentro del mismo y no a pie de página.

*el fundamento soy de las mudanzas  
y realiza mi ser y mi existencia  
en estadios muy varios  
que, no por ser opuestos, son contrarios.  
¿Qué tal...? ¿La forma oscura?  
Si lo afirmas así, torpe criatura,  
pasarás por un necio, un ser menguado  
digno de ser tirado,  
como un trapo inservible, a la basura».*

«Con esta grosera parodia filosófica, creía sin duda Moreno Castelló haber refutado la *disolvente filosofía* antiescolástica. Y, probablemente, muchos de sus lectores provincianos, horros de la *funesta manía de pensar*, lo escucharían como a un oráculo. Pero mayor irritación producen a nuestro *filósofo* las teorías de Darwin»:

*«¡El que ocupa del mundo el ancho trono  
fue, en no lejano día,  
según aquí discurro,  
un animal tan torpe como un burro  
y hoy es algo mejor que el mejor mono!».*

En mi opinión, a la entrenada pluma de Moreno Castelló no le van, ni poética ni intelectualmente, los altos vuelos y sólo en los poemas menos pretenciosos y de menor ambición literaria el libro encuentra la vena de la gracia, muchas veces de veta popular con perfiles romos, sobre todo en los abundantes poemas en los que arremete contra las mujeres, dignos de figurar en la ya inaplazable antología de la literatura machista española, que tantas muestras ha dado desde el siglo XV. No se queda corto nuestro poeta:

*«Érase una mujer como una fiera,  
no era aquello mujer, era una arpía  
de esas que Dios de vez en cuando envía  
para que den envidia a la pantera».*

Mas su personaje preferido será la suegra, sobre la que vierte un humor, como el del siguiente soneto, no carente de saña:

*«Se levantó el demonio una mañana  
de tan pícaro humor, que en un momento  
puso todo el infierno en movimiento,  
con mirada satánica y tirana.*



*Advierto que me da la real gana,  
dijo el fiero Satán con duro acento,  
de hacer una creación, un gran portento,  
y lo voy a cumplir ¡es cosa llana!*

*Después cortando su revuelta cola  
tomó un pedazo, con su sangre negra  
y con esencia de escorpión mezclola.*

*Y formó una mujer ¡Cuánto se alegra  
de ver que corre y se revuelve sola!  
Era aquella mujer... la primera suegra!».*

En definitiva, estas «Bromas ligeras», que con frecuencia no lo son tanto, están constituidas por una serie de poemas lineales exentos de los quevedescos juegos de vocablos, por lo que resalta en más ocasiones de las que debiera el chiste sobre la chispa, como ocurre en buen número de los epigramas y epitafios tan lejanos de Hartzembusch:

*«Tras esta lápida negra  
no existe descanso eterno;  
aquí está enterrado el yerno  
y en el de al lado... la suegra».*

La fineza que reclama todo humor, la agudeza afilada de la sátira, la soltura del desenfado intelectualmente edificado, aquí se encuentran ausentes. La ironía de Moreno Castelló en este ejemplo, como en tantos otros, es neopopulachera, roma y pedestre, algo que resulta altamente chocante y paradójico en quien fuera el poeta giennense de la segunda mitad del pasado siglo con mayor formación académica. No obstante ello, tampoco son escasas las ocasiones en las que la frescura de la inteligencia y la gracia tocan atinadamente su pluma, como en «Una idea feliz», festiva composición en parte autobiográfica y premonitoriamente crítica ante esta mi concisa noticia literaria del poeta:

*«Viene ocurriendo en España  
desde el más remoto tiempo,  
la desgracia lamentable  
—así se ha llamado al menos—  
de que los hombres de nota,  
los más fecundos ingenios,  
los que honra dan á la patria  
y á su nombre brillo eterno,*

*viven siempre en la miseria,  
lo cual es vivir muriendo,  
sin que los atienda nadie  
por la falta de dinero;  
y así que ya se ha olvidado  
la memoria de su cuerpo,  
se aplauden mucho sus obras,  
se encomia y se busca al muerto,  
se piden antecedentes,  
se registran mamotretos,  
se ve la fe de bautismo,  
se le llama honrado y bueno,  
se averigua por mil modos  
si era rubio o pelinegro,  
si de estatura elevada  
o regordete y pequeño;  
y a cada dato que se encuentran  
los que tras la pista fueron  
vienen y van y se escribe  
y se divulga el secreto,  
y a todos batimos palmas  
y se desborda el contento.*

.....

*Pues bien; pensando al acaso  
en lo que estaba diciendo,  
se me ha ocurrido la idea,  
que aún inquieta mi cerebro,  
de si por ser yo fecundo  
en hacer muy malos versos,  
la patria pensará un día  
en sacar mi nombre á cuento;  
y como por otra parte  
diploma de pobre tengo,  
y este es un buen requisito  
para alcanzar lo que anhelo,  
pienso á la vez retratarme  
siendo imparcial por supuesto,  
y evitar así molestias*

*a los hombres venideros.*

.....

*Hasta entonces se despide  
este vate en esqueleto,  
vuestro servidor y amigo  
que os saluda con respeto».*

La pretendida salida literaria de Moreno Castelló al ámbito nacional no alcanzó la deseada fortuna; todo lo contrario. Ciertamente es que «La Época» —Madrid, 11-V-1885— reseña a «Pensamientos y Armonías» como «una colección de poemas digna de aplauso», y el mismo diario —28-VI-1885— estimaría a «Bromas ligeras» como «tomo de poesías en extremo interesante»; pero la acogida crítica debió ser por lo general francamente adversa. Así, como señala Cossío, la *Revista de España*—tomo CVI, pág. 298— publicó una reseña de los libros excesivamente rigurosa y ciertamente desabrida, en la que no se le concedía al autor mayor importancia que la merecida por el simple constructor de versos y donde se afirma, de forma excesivamente categórica, que «son poesías publicadas en tiempos en que todo lo que fuera verso era considerado todavía como obra bella». Por entonces y como amargamente confesase después nuestro poeta, también encuentra cerradas las puertas del «primero de los periódicos ilustrados de la Villa y Corte», donde había publicado, aunque sin percibir remuneración alguna por sus trabajos y, ahora, duelese de no recibir más que silencio ante sus reclamaciones por el rechazo sistemático de originales. Olvida, o no viene a reconocer el desdeñoso Castelló, que su protector Juan Antonio de Viedma ya no está en *El Correo de la Moda. Álbum de Señoritas* y, por tanto, la presencia de poetas jaeneros no encuentra el aval del paisanazgo.

Presumiblemente, al ver el poeta recortados sus ambiciosos vuelos, y aunque continúa de modo incesante colaborando en periódicos y revistas, dejará de publicar en libro durante nueve años, hasta que la muerte de su esposa —Jaén, 25 de agosto de 1893—, enferma desde la juventud, le arranca el que comúnmente es tenido por su mejor libro, *Versos y Lágrimas* —Impta. de Tomás Rubio; Jaén, 1894—. En él, porque el verso le nace de la más lacerada veta del corazón y en profundísimo sentir, José Moreno no es sólo el suelto versificador, sino que sabe dotar al poema en no pocas ocasiones de verdadero valor poético; hasta el soneto, al que siempre llega por su buena formación musical y la que suele arrastrarle a hueros sonsonetes, le queda bien cincelado y desbordado de sentir en elegíaco sufrir, aunque no acierta del todo a limarlo de asperezas:

*Mi vencimiento*

*«¿Habéis visto rendida y humillada  
la altiva fiera, cuyo rudo empuje  
resiste el hierro, que a su salto cruje  
y no le dá la libertad soñada?*

*¿Habéis visto la máquina arrastrada  
por el ciego vapor que airado ruje,  
y aunque la nube en su correr dibuje  
sigue sin fin su furia aprisionada?*

*Así el dolor revuélvese en mi pecho  
como fuera que busca la salida,  
de la prisión en el recinto estrecho.*

*Y cual la nube a que el vapor da vida,  
ved mi dolor en lágrimas deshecho:  
la fiera del dolor ya está rendida!».*

Como es fácil de apreciar, se ubica bien lejano de la poesía de estas fechas, la que toca con sus manos el modernismo, y continúa anclado en el romanticismo más antañón; así, en esta entrega hay bastante de Campoamor e, incluso, de Bécquer, al que imita en demasía en «A su memoria». De todas formas, *Versos y Lágrimas* contiene evidentes aciertos de jugo poético como:

*«todo huyó, como una sombra  
que al que se ausenta acompaña»,*

o cuando asegura «que en una lágrima empieza / y se encarna en un suspiro» el torrente de su tristeza. Pero si irregateables son éstos, ciertamente incontestables son los desaciertos que plagan el libro, de lo que pueden ser muestra, casi escogida al azar, estos versos de las octavas «A Ella»:

*«¿Quién arrancó del alma la esperanza  
y desunió felices corazones...?  
La muerte fue, que poderosa y fuerte,  
el mandato de Dios cumplió la  
muerte!».*

toda una perla negra de rimas internas, de ininteligibilidad y de estrofa cerrada a zapatazos. O esta otra,

*«Y heme solitario y triste  
con esta horrible balumba  
del dolor, de los recuerdos».*

en la que el empleo de una palabra desafortunada y prosaica a pedradas destroza todo el poema y le da un sentido radicalmente contrario al pretendido por el poeta. ¿Qué entendería el triste catedrático por balumba; acaso desconocía que el término hace referencia al volumen que ocupan cosas de poco paso? Quizás encontremos la contestación en esta quintilla de «El Misterio», que hoy nos arranca una misericorde sonrisa:

*«Ay de mí! Con tanta idea  
el pobre corazón vacila  
para que más pobre sea,  
y el recio tropel desfila  
y a su paso, bambolea!».*

Como no podía ser menos, si dura fue la acogida crítica del libro en el ámbito nacional —así, la firmada por N. Rey Díaz en el madrileño «El Imparcial» de 16-VIII-1894—, excelente y clamorosa resultaría la recepción de este volumen en la prensa local —sirve de ejemplo que *El Industrial* le dedica la primera plana en su edición de 13 de junio de 1894, y en la que el título del libro sirve de orla para todos los redactores del periódico— y, a partir de este momento, alentado por el éxito provinciano, dará, prácticamente, otro volumen por año hasta el final de sus días; por lo que no sólo se nos alza como el escritor giennense más prolífico del XIX, incluso más que Patrocinio de Biedma, sino que es quien en más ocasiones se nos ofrece en libro: amén de los docentes, ocho de poesía y dos en prosa, cantidad que nos resulta altamente significativa si la comparamos con la de los dos otros poetas jaeneros del amistoso triunvirato, Almendros Aguilar y Montero Moya, también fecundísimos autores, que no publicarían libro alguno. Puede arguirse que Moreno Castelló era individuo más que acomodado y sin descendencia, por lo que todas sus ediciones, algunas lujosísimas, fueron costeadas por él; pero no es menos cierto que Almendros, al menos hasta su madurez, fue hombre de fortuna y despegado del dinero; de aquí que, en mi opinión, sea a José Moreno, de entre todos los giennenses de la segunda mitad del pasado siglo, a quien mejor cuadre el título de escritor. Otra cosa será, comparativamente con sus compañeros, quien de ellos ostente el cetro localista.

Pero si excelente y entusiasta fue la acogida provincial de *Versos y Lágrimas*, que pronto vería agotada la edición, no fue pareja la aceptación nacional del libro, como quedara dicho también el propio Castelló, entre humilde y soberbio, reconoce y se duele del trato recibido en una de sus siguientes entregas: «Dejé correr libre y espontánea la inspiración del sentimiento; regué muchas veces con lágrimas las no entusiastas estrofas; no pensé en la crítica ni en los laureles. No consulté autores ni estudié reglas; bastóme lo aprendido en mis lejanas mocedades para elegir el molde de mis dolientes canciones; y cuando yo di a la luz mis *Versos y Lágrimas*, ignoraba que por aquel entonces, otros poetas, de nombre imperecedero, cantaban, como yo, sus propios dolores, idénticos a los míos. Ellos lograron el aplauso y el provecho; a mí no me llegó ni lo uno ni lo otro (...). Si por excepción el extraño se ocupó de mi libro, pronto halló la semejanza del asunto y atribuyó a imitación el espontáneo fruto de mi pena».

No creo preciso abundar en mayores comentarios.

*Mis Doloras* —Impta. de Tomás Rubio; Jaén, 1895— será su entrega siguiente, la que, junto a casi sesenta piezas, contiene, como todos los libros de Castelló, un extenso prólogo, si bien éste se nos ofrece como el más interesante de todos por los datos autobiográficos que encierra y los juicios literarios sobre qué sea la dolora, entrando, de este modo, en la ya vieja liza con el propio Campoamor, el Marqués de Molins, Ricardo de Federico o Ventura Ruiz Aguilera; así, para nuestro autor, «una dolora es un individuo de una especie, y no de un género, como impropriamente le llaman. Ni el mismo Campoamor (...) ha logrado encerrar en los precisos y estrechos moldes de la definición que los lógicos llaman real o de cosa, la de estas poesías, que, siendo idénticas en el fondo, pueden ser consideradas por el espíritu generalizador dentro del concepto universal de la especie, y ésta dentro del círculo más amplio del género lírico a que la dicha especie corresponde, y todo esto en el terreno de una clasificación literaria, presidida por las leyes de la lógica». Pero no acaba aquí el profesor de filosofía, quien se interroga: «¿Y en lo relativo a la forma y extensión? ¿Es la brevedad carácter esencial de la dolora? Todas las formas o vestiduras pueden envolver dignamente el sentimiento, que es el alma de la composición. Y en lo tocante a su amplitud, cabe en el pareado y a veces se extiende y desenvuelve, porque así lo pide el asunto, en uno, dos o más centenares de versos». En definitiva, como él mismo reconoce, Moreno Castelló viene a sumarse a lo ya dicho por Ventura Ruiz Aguilera, allá por el año de 1864, quien asegurara que antes de Campoamor se había escrito doloras.

No menor interés posee la confesión que nuestro autor efectúa de sus modos de acercarse a la poesía: «He querido hablar o escribir, no violentando, ni en poco ni en mucho, mis propios impulsos y los espontáneos sentimientos que mi corazón abriga (...) un nuevo libro que he escrito casi de corrido, en brevísimo tiempo». Afirmación que no merece mayor comentario, ni su continua queja por el duro trato que le dispensa la prensa nacional: «Y en cuanto a los críticos, no he de pedirles ni aún la gracia de la caridad; porque habían de recibir mi ruego con una sonrisa desdeñosa. Basta a los de la Corte que llegue a sus manos un libro escrito por un pobrecito infeliz provinciano, para que consideren tiempo perdido el que hubieran de consagrar a su examen, le miren con sobrado menosprecio y le arrojen lejos de sí con altanero desdén, o si le dispensan el alto honor de ocuparse de él unos breves momentos, han de ser ciertamente para zaherirlo y despreciarlo, sacando a luz enseguida y como término de comparación, los respetados nombres de los más famosos autores».

En conclusión, nada de particular que le distinga del anterior y cercano *Versos y Lágrimas* tiene este volumen, también elegíaco, campoamoriano, quizás mejor cuidado que el otro y no exento de versos certeros, como pueden ser los de la estrofa final de «Por qué canto»:

*«Dejad al triste cantor  
que unidos muestre en su ser,  
con un vínculo de amor,  
el canto que es del placer  
y el llanto que es del dolor!».*

*Hojas de Sauce* —Impta. de Tomás Rubio; Jaén, 1896— es, como el propio título sugiere, otro libro lacrimógeno, con destino final en los amigos y con sesenta poemas que, en su gran mayoría, le inspirara el fallecimiento de la esposa: «y entiendo que el mayor número de las composiciones que forman los tres volúmenes —se refiere a éste y a los dos anteriores—, o son verdaderas elegías, o tienen un marcado aire de familia con lo que con tal nombre enseñan los retóricos». De aquí que en la contraportada del volumen, donde se anuncian todas las obras poéticas del autor hasta el momento publicadas, subtitule como «poesías elegíacas» a *Versos y Lágrimas*.

El poeta sólo pretende con esta entrega, como confiesa en el terceto final de su último soneto, con el que cierra el libro, con miseria pública por su viudísimo luto:

*«Será bastante y mi ambición acaba,  
con que digan de ti: “qué buena era”  
y que añadan de mí: “cuánto la amaba”».*

Pero no vamos a seguir espigando versos desafortunados o mal cuidados, como el último de la siguiente estrofa de «Ruinas», donde el artículo «la» destroza concordancias y sentido, cuando un simple cambio por la preposición «de» le hubiese dotado de redonda belleza:

*«El arco, roto; el pedestal, caído;  
la blanca estatua, hundida en la maleza;  
el recio muro, que a inclinarse empieza,  
la verde yedra con amor vestido».*

Excesivos regresos al mismo tema, ahora más recargado de trascendencia y ampulosidad, aunque, en ocasiones, no nos resulten molestas, como es en el caso de «La última noche», poema que subtitula *Elegía*:

*«Dejad que la memoria  
recuerde aquel morir de mi ventura;  
que vuelva atrás en mi infeliz historia;  
que torne en el recuerdo aquella gloria,  
único bien que guardo en mi amargura.  
Permitid que mi mano  
grave sobre el papel el signo fuerte  
que viva más que yo; no es en vano  
pretender que este signo soberano  
viva un plazo mayor que el de mi muerte».*

Pero será en las composiciones de metro breve y en las menos ambiciosas, como en «Mi deseo», donde reluzca la sencillez y el ascetismo que para sí continuamente el poeta reclamara en este libro:

*«Una choza olvidada del mundo;  
una mesa sencilla y frugal,  
y la choza en un valle fecundo,  
y allá en lo profundo  
sentir de un arroyo  
quebrarse el cristal».*

Como no podía ser menos, numerosos son los artículos y colaboraciones periodísticas, más bien literarias, de Moreno Castelló, quien, incluso, realiza reseñas de libros en prensa de distribución nacional, caso de «Revisita de las Provincias», donde en su número quinto —Oviedo, 1 de junio de



1877—, ofrece una pretendida profesoral reseña —«Estudios críticos: Ensayo Histórico-Crítico del Teatro Español», obra del también gaditano y profesor de instituto Romualdo Álvarez Espino—, que hoy se me ofrece como escolar y no exenta de perlas como la que sigue: «En La Celestina supieron sus autores mezclar el interés dramático al movimiento de la acción, consiguiendo que esta parte feliz adquiriese tan asombrosa popularidad. En definitiva, su pluma, como cuando traza la poesía, es excesivamente impulsiva y prolija en la prosa, de lo que puede ser muestra es texto, quizás extremo, que exhumara Sancho Sáez y en el que el encendido fervor patriótico de nuestro autor subraya la superioridad de los valores hispanos crecidos por la derrota colonial; todo un desmelenado sentir aldeano ante el desastre: «Ya el cielo querido de nuestra patria es más azul y más brillante que cualquier otro cielo; más gallardas nuestras montañas, más pintorescos nuestros paisajes; más hermosas nuestras mujeres; más lindas nuestras iglesias; más milagrosas nuestras imágenes». Únicamente le faltó decir que, también, más bonitos eran nuestros peces de colores. Ya se sabe; sólo no se consuela quien no lo desea, quien no aprecia la redondez del mundo en su propio ombligo. La España noventaiochista, aquí, está observada con la altura de miras que proporciona la mesa camilla, perspectiva y aventajada posición por la que discurre la óptica y compromiso literario y político de nuestro hombre, uno más de los que sirvieron de alienantes para continuar el amarre de la anclada posición de la provincia. Molesta a los ojos de hoy esta perla retórica en momentos en los que la intelectualidad patria clamaba críticamente por la revisión y el regeneracionismo.

Por esta misma fecha de 1898, saca desde las prensas de Tomás Rubio el interesante volumen de testimonios propios y rememoraciones de sucesos ajenos *Mi cuarto a espadas, sobre asuntos de caza: apuntes, recuerdos y narraciones de un aficionado*; libro de prosas en el que a lo largo de doce capítulos ofrece una gama de amenas estampas que, si bien tratan de los más varios temas cinegéticos, ofrece no pocos datos costumbristas del Jaén del último tercio del pasado siglo desde la óptica de un «cazador adocenado y mediano tirador», aunque buen aficionado, como viene a confirmarlo la amplia serie de lances venatorios en los que recoge escenas de caza menor en la campiña giennense —conejos, codornices, tejones, liebres, etc.—, o de monterías en Sierra Morena, lugares descritos con emoción en sus paisajes, usos y costumbres cinegéticas, algunas vandálicas; pero por encima de ello destaca su apasionado amor por la naturaleza y las especies animales, sobre los que por entonces recaía implacable la acción exterminadora del hombre, cariño que ya había manifestado en algunos de sus poemas, como

«El justo castigo», composición emocionada, aunque no de muy recio fuste, ubicable dentro de su amplio hacer medio, que publicó dentro de *Pensamientos y armonías*:

*«Oculto un cazador en la espesura,  
que fresca sombra a un arroyuelo daba  
con afán esperaba  
a su ciega codicia hallar hartura,  
cuando en aquel instante,  
vio que cruzaban las escuetas lomas  
dos cándidas palomas,  
que en la clara corriente  
quisieron apagar su sed ardiente.  
Mas ay! que al detener su raudo vuelo  
en la cercana orilla,  
el cazador aleve  
dispara el arma con menguado anhelo,  
y en el instante breve  
después que el fuego en el espacio brilla,  
vio una y otra avecilla  
presas de muerte ensangrentando el suelo!  
Ambas también cercanas y espirantes,  
confundiendo su aliento en igual suerte  
vida y amor perdieron;  
mas al tocar sus últimos instantes,  
juntas ya por el lazo de la muerte,  
el último suspiro confundieron!  
De su artera codicia arrepentido  
ante el cuadro de amor y desventura,  
por la propia conciencia perseguido,  
exclama el cazador: “nunca merece  
dichoso ser quien a la dicha mata;  
pues su verdugo he sido,  
jamás mi pecho en la ventura lata,  
jamás tanto dolor dé yo al olvido!”».*

Por cierto, este poema de tonos de fábula moralizante y no pocos versos de aladrero, nos recuerda en su sentido último al excelente «El Cazador», que allá por la lejana fecha de 1842 publicara en *El Crepúsculo* Juan José Cotarelo. ¿Lo conocería nuestro autor?

Moreno Castelló debió sentirse especialmente cómodo con la acogida que recibiera este libro, hasta el punto de dedicarle un poema jocoso y meterse de lleno en la redacción de otro con idéntico tema: *El campo y la caza: nuevas narraciones, episodios, opiniones y aventuras de un aficionado* —Impta. de Tomás Rubio; Jaén, 1900—, en el que, si bien contiene una primera parte excesivamente prolija en la que el autor aconseja como si fuese perito cazador, hoy se nos ofrece como detallado muestrario de la etnología cinegética; en la segunda, sigue el camino que trazara en el primer libro, relatar una serie de anécdotas de lances venatorios, algunas divertidísimas, entre las que no podía faltar la de un gobernador civil montero. Por último, reseñar que las páginas que dedica a la gastronomía jaenera y muy en especial al gazpacho, pueden calificarse de notables.

En el año 1900 volverá a darnos un nuevo libro, el último que publicara, *Flores de Otoño* —Jaén, Impta. de Tomás Rubio—, en el que, curiosamente, omite en el prólogo citar de entre sus libros anteriores a «Bromas ligeras» y donde, como es en él costumbre, vuelve a dar acogida a poemas ya conocidos, como es el caso de «Canto a las Sociedades Económicas», oda con la que obtuviese ese mismo año la Flor de Oro en el certamen convocado por la Económica de Jaén y en el que, entre otros, participara Al-mendros Aguilar.

Pocas novedades aporta Moreno Castelló en esta nueva entrega de cincuenta y una composición de la más variada temática; continúa con poemas piadosos, a la esposa fallecida, recuerdos de Bernardo López, reflexiones filosofantes, posiciones ascéticas; en suma, una machacona insistencia. Quizás lo más novedoso sea el verso largo, de hasta veintiuna sílaba, con el que construye algunos poemas y, ante todo, una serie de bocetos de dramas, como a veces subtitula a estas poesías, en los que de forma generalmente romanceada ofrece un abanico de sucesos de nervio neopopular y a los que más bien se pueden tener por apuntes de sainetes o juguetes cómicos, lo que, de alguna forma, supone un regreso a sus inicios y antañones gustos literarios. Tampoco, entre los tantos pensamientos otoñales que contiene el libro, parece evolucionar ideológicamente el profesor de ética y filosofía, como pueden acreditarlo estos versos por tantas razones desafortunadas:

*«Y esta pobre humanidad  
puede endulzar su existencia  
si hay en el pobre paciencia  
y en el rico caridad».*

Tras este apretadísimo recorrido por la caudalosa producción literaria de Moreno Castelló, puede aceptarse como válido, aunque sin tomar por absolutos los términos, el criterio de Cazabán Laguna, quien estimara a la obra suceptible de acotarse «en dos épocas; la primera de variedad de géneros, dominando lo amatorio y lo humorista, y la segunda de un solo género, el elegíaco, contenida en varios libros que reflejan su dolor por la muerte de su esposa». Por cuanto hace al valor literario con el que se nos ofrece su obra toda, y aunque adopto como propio el ruego que el propio José Moreno redactara con afectada humildad para su epitafio,

*«obrad con tanta prudencia  
al censurar su impericia,  
que el rigor de la justicia  
no temple vuestra indulgencia».*

el juicio global de sus poesías no puede ser más que severo ante lo que se manifiesta como incontenida catarata de poemas innecesarios, carentes de vida, linealísimos y sin imágenes, repletos de veros hueros y prosaicos cuando no absurdos o gratuitos, preñadísimos del retumbante vocabulario romántico, cargados de gerundios o rimas internas y forzadas, afectados de indisolubles influencias de Zorrilla, Campoamor o Núñez de Arce, etc., etc.; en suma, salvo notables casos aislados que el océano de tinta derramada apenas deja ver, poco más que puros ejercicios de versificación sin la mínima autocritica. Más si esto me parece cierto, no participo del excesivo juicio de José María de Cossío, quien habla «del valor escasísimo del poeta, más bien versificador pertinaz, que disuelve los temas, incluso los que pudieran ser interesantes, en una palabrería abstracta e inexpressiva, sin que una imagen afortunada o un giro de dicción feliz libren sus versos de la aridez menos amena. Su absoluta falta de personalidad parece que se trasluce hasta en no haber penetrado en las de los poetas que por entonces servían de modelo».

Durísimo juicio que requiere alguna matización, ya que el propio Cossío, aunque sin excesivo entusiasmo, le «encuentra algún rasgo ingeniosamente poético. Así —continúa— puede calificarse de ascético y no vulgar el pensamiento de esta décima que tiene por título “Las dos vidas”»:

*«Ya Dios santo, que la vida  
vuela como un vendaval,  
¿por qué un mal tras otro mal  
la hacen más corta y sentida?  
Y la razón en seguida*

*de esta suerte contestó:  
si Dios a la vida unió  
el mal y la brevedad,  
el bien y la eternidad  
para otra vida enlazó».*

También, y aunque le denuncia excesivas y manifiestas influencias de Grilo, Zorrilla y Bernardo López, califica de «sugestiva» a «Melancolía», «de la que me place —dice— copiar este ejemplo:».

*«No siento males de amor  
que al pecho roben la calma;  
ni siento inquieta mi alma  
por angustioso temor.  
Es tan vago mi dolor,  
grande y dulce mi agonía,  
que al seguir la fantasía  
de mis pesares el giro,  
cuento en un solo suspiro  
toda mi melancolía».*

Pero hay más. El tan citado crítico sólo conoce los dos primeros libros de Castelló y no sé, como se ha asegurado, si hubiese cambiado su criterio de leer *Versos y Lágrimas* y los que le siguieron; pero sí estoy convencido de que, no obstante, los centenares de poemas espúreos que jalonan la carrera literaria toda del jaenés, de su obra de madurez y tonos elegiados podría realizarse una aceptable antología en la que, igualmente, tendrían digna acogida algunas de sus composiciones menos ambiciosas y más ligeras, así como un ramillete de textos jocosos o satíricos y en los que suelen restallar ingeniosos rasgos que, si bien no están a la altura, pongamos por caso, de los de Carlos Frontaura o José González de Tejada, acreditan estar cargados de salado costumbrismo y de zumo de humores resplandecientes e, incluso, de vena poética. Por cuanto respecta a su labor como prosista, a pesar de los repuntes y ampulósidades de escritor con que pretende fallidamente adornarse y que tanto le perjudican, hay que reconocerle su permanencia no sólo como muy válidos testimonios de una época y unos usos sino porque su estilo está mucho menos encanecido, por lo que, en mi opinión, merecerían una justa reedición sus dos libros de relatos, que se ofrecen con ameno interés, entrañables para el lector giennense, sobre todo si es aficionado a la caza; aunque, desde luego, no me parecen que sean, como asegura el siempre generoso juicio de Caballero Venzalá, «delicias del género».

La muerte del poeta —Jaén, 12 de noviembre de 1901— sellará, prácticamente, el olvido de hombre y obra. Tras los hueros y altisonantes pronunciamientos primeros —así, puede señalarse hasta el número necrológico de la *Revista del Colegio Academia de San Agustín*; Jaén, 27-XI-1901, con colaboraciones, entre otros, de Almendros Aguilar—, sólo permanecerá la elocuencia del silencio con la única excepción del acuerdo del Ayuntamiento de Jaén de perpetuar la memoria del escritor rotulando la íntima calle de Las Escuelas, donde tuviese la primitiva sede la Escuela de Magisterio y a espaldas del viejo instituto en el que durante tantos años impartiese sus clases, con el nombre de José Moreno Castelló. Un nombre casi exclusivo de los más amplios manuales de la historia de la literatura decimonónica y que apenas dice nada a las actuales generaciones, pues salvo las noticias que Cazabán ofrece en su antología de poetas giennenses, en la que incluye la nada representativa «La Aurora», o la reedición en uno de los números de *Don Lope de Sosa* de «La cautiva de Martos», que se imprimiera por primera vez en *El Romancero de Jaén*, recientemente editado con rigor estudioso por Caballero Venzalá, poco más hay que añadir en tan dilatado espacio de tiempo que nos sirva de reseña crítica o noticia novedosa, si exceptuamos la pequeña selección de poemas y juicios sobre el autor que ha efectuado con tino el profesor Sancho Sáez en su libro póstumo próximo a salir, *Poetas giennenses del siglo XIX*, o los ponderados comentarios que le dedica en el volumen IV de *Jaén*, así como algunas notas de lectura de Jiménez Aranda.

Por último, reseñar algo que me ha sorprendido tras recorrer minuciosamente los libros poemáticos y no pocos textos dispersos de Moreno Castelló, como es la notable presencia de poemas en los que brilla Granada y la total ausencia de textos referidos a Jaén. Bien es cierto que, como indiqué con anterioridad, son numerosos los dedicados a Bernardo López o a la Virgen de la Capilla, así como aquellos que en tono burlesco se describen costumbres o tipos que bien pudieran ser, aunque españolísimos, jaeneros; pero no es menos cierto que, salvo una desafortunada imagen sobre el bello color de la piedra de Jabalcuz, no aparece en tan ingente cantidad de páginas escritas siquiera nombrada la toponimia giennense. Es posible que entre sus numerosísimas colaboraciones en periódicos y revistas, que permanecen distribuidas por la vergonzosamente expoliada jungla de las hemerotecas, puedan encontrarse algunas en las que cante, si ello le fuera dado, la tierra de su residencia y en la que descansa; mas, por cuanto a mí hace, sólo tengo noticia de «Revista de Jaén», firmada con el pseudónimo de «El Aprendiz», y que apareció publicada en el *Álbum poético de El In-*

dustrial, 1877-78, y a la que con buen acierto no incluyó en «Bromas ligeras»:

*«En Jaén donde resido,  
hoy ningún suceso pasa  
digno de ser conocido,  
cada cual vive conocido,  
cada cual vive metido  
en su camisa y su casa.*

*Ya no tiene el revistero  
noticia grande ni chica  
que sacar de su tintero,  
y por no tener, se esplica  
que no tenga ni aun dinero.*

*Diz que el mundo anda asustado  
con descuentos y temores,  
y a tanto el susto ha llegado,  
que de miedo se ha fugado  
el arco de los Dolores.*

*Mas es desgracia remota  
la que de tal desazón,  
como en su estado denota  
el acostado cantón  
en el juego de pelota.*

*La Plaza de San Francisco  
con mi calle y otras muchas  
está pidiendo un pedrisco,  
y se pueden pescar truchas  
entre un risco y otro risco.*

*Cada cual hace menor  
donde quiere o le dá gana,  
y hay por dó quiera un olor,  
que donde se pisa, mana  
el perfume al por mayor.*

*La garita mingitoria  
no necesita limpieza  
porque no presenta escoria;  
el arte pasa a la historia  
y obra la naturaleza.*

*El palacio provincial  
tiene boquetes abiertos  
donde silva el vendabal,  
preguntando si a los muertos  
no les hacen funeral.*

*Por lo demás no sé yo  
si hay abusos ni de qué;  
que hablo de lo que pasó;  
yo cuento lo que se vé  
y lo que no se vé, no.*

*Aunque en verso estoy diciendo  
verdades que dan la hora;  
creo que se van entendiendo  
y la píldora se dora  
y la pluma va corriendo.*

*De diversiones futuras  
ya se está haciendo el acoplo,  
y una porción de criaturas  
inventan mil travesuras  
que harán a su tiempo propio.*

*Ese tiempo es Carnaval  
y un contento general  
anuncia tan grande fiesta,  
¿quién no se divierte en ésta  
si es la fiesta principal?*

*Habrá bailes y reuniones  
y hombres que lleven diez caras;  
mujeres con pantalones  
y músicas y algazaras  
y no pocas desazones.*

*Esto anuncio y Dios me asista  
ya que al fin, tocando voy  
de mi difícil revista:  
se acabó: no hay quien resista  
como yo! sudando estoy!!!» (2).*

(2) Bastante que desear dejaban el urbanismo y la vida giennense de aquellos años del último tercio de siglo, como viene a confirmarlo la más que sugerente carta abierta que publi-



Qué diferencia entre este escarceo jocoso con los de Manuel del Palacio; qué diferentes estas quintillas al poema burlesco de Bernardo López, «De cómo se puede estudiar geografía histórica por el piso y otros accidentes de Jaén», aparecido pocos años antes. Quede aquí, con este texto sobre la situación urbanística y constructiva de la capital del Santo Reino, por tanto no carente de ripios, esta simple noticia crítica de quien fuera una de

---

ca en «El Eco Minero» —núm. 575; Linares, 1-III-1.883— su director, Julián de Martos Morillo, bajo el pseudónimo de Orillom. Dado su interés la reproduzco íntegra:

«Sr. Director de *El Eco Minero*.—Muy Sr. mío y estimado amigo: como ofrecí a usted a mi salida de esa, le voy a decir la impresión que me ha causado ver la capital, del reino a que llaman Santo, de la manera más lastimosa que puede imaginarse. Figúrese usted que por cualquiera de las calles que usted marche, a no ser un trozo de la Maestra Baja, se encuentra a cada paso uno o más cerdos tomando el sol, o comiendo, atados a las ventanas y estorbando el paso a los transeúntes.

Yo que no conocía a Jaén creía que era una población por el orden de Linares y algo más; puesto que siendo la capital, debería ser una cosa de más lujo y de más categoría que todos y cada uno de los noventa y nueve pueblos de la provincia. Mas al ver el piso y la tortuosidad de las calles, se me desvaneció la idea tan lisonjera que traía de esta histórica ciudad.

Hoy que está ocupada por dos o tres mil personas que vienen a pagar el tributo odioso de la quinta, parece más animada; pero fuera de esta época, deberá ser divertido vivir en Jaén. Como era natural en las circunstancias actuales, debiera haber en el Teatro alguna compañía, que no perdería nada, pero ni aún eso, saque usted dos o tres cientos de empleados, que por lo regular son personas instruidas, y no verá usted más que gente que toma copas de aguardiente por la mañana y de vino a las once; hay una porción de artesanos y comerciantes que también se pueden tratar, mas la generalidad no es así.

En la mayor parte de las calles se ven casas cerradas, ruinosas, o desmanteladas, formando un aspecto repugnante; hasta en la plaza que llaman de Santa María, hay un solar, que me dicen está así hace tres años, con menosprecio del ornato público y más del lugar que ocupa frente a la Catedral, y ahora que hablo de catedral, ésta es una perla que, desprendida del conjunto de maravillas de España, vino a posarse entre este montón de escombros. La Catedral de Jaén es una joya del arte, por su solidez, su estructura, su conjunto y sus detalles; ya habrá usted visto lo que dijo el malogrado poeta Bernardo López de tan suntuoso edificio.

Lo que tenía deseos de conocer era el famoso arco de San Lorenzo, ¡oh qué arco! Es un arco... casi como son todos los arcos... feos; no sé por qué lo celebran, y por qué ese afán de conservarlo, a no ser por unas cruces que tiene a uno y otro lado, de piedra bastante mutilada.

La plaza de Deán Mazas, sin árboles ni asientos, sólo hay cuatro sombreros donde venden buñuelos, torrados y otras frioleras. Lo que será una gran cosa de aquí a unos años será el palacio provincial que se está construyendo.

Respecto a economías, baste decir a usted que los candelabros de la plaza de Santa María que debían tener tres o más farolas, no tienen más que una cada uno y en un lado; esto es cuando no sale la luna antes de las once de la noche.

Por fin, señor director, el que vive en Linares y está dos o tres días en Jaén, se hastía y está deseando marcharse a su casa.

Es cuanto puedo decir a usted de esta antigua población, donde murió don Fernando el Emplazado.

Suyo afectísimo».

las figuras giennenses del pasado siglo y la que, en mi opinión, puede ser exponente, tanto intelectual como literario, de una ciudad y una provincia encerradas en sí mismas con sus viejos y enquistados, ya casi congénitos, problemas. Algo de lo que el propio Moreno Castelló parecía ser consciente, como viene a confirmárnoslo su siguiente carta crónica periodística —«Revista de las Provincias», núm. 1; Oviedo, 1 de abril de 1877—, en los que tan vivos como actuales se nos ofrecen la preocupación y la denuncia. Sirva ella como muestra del hacer en prosa del autor, así como elocuente documento del Jaén de la época:

*Jaén, 10 de marzo de 1877.*

«Muy señor mío y amigo de mi mayor consideración: Aplaudo el sentimiento generoso que a impulsado a usted para la publicación del periódico, en cuyo primer número aparecerán estas líneas; él sabrá captarse en breve las simpatías y estimación públicas, y dará honra a su ilustrada redacción, dirigida acertada y discretamente por usted. En cambio, no puedo rendir el mismo homenaje, ni menos considerar a usted atinado en la elección que de mí ha hecho, confiándome la redacción de estas cartas, cuya difícil misión en dar a conocer en forma ligera, y con estilo sencillo, cuanto ocurra en esta capital y provincia digno de ser referido.

»Por lo que a mí atañe, confieso a usted ingenuamente que no me encuentro dotado de las esperadas condiciones que deben resaltar en un cronista, y por lo que a la capital y provincia se refiere, tampoco ofrecen materia a propósito para esta correspondencia quincenal, puesto que aquí las novedades de algún interés, suelen estar separadas por un largo espacio de tiempo, y mucho más, las relacionadas con el movimiento científico, literario y artístico.

»Y no es en verdad porque aquí se carezca de elementos que por sí solos bastarán para sostener gloriosamente el pabellón del adelanto en alguno, por lo menos, de aquellos órdenes; pero en cambio faltan casi por completo las condiciones de la asociación y del estímulo, y este mal trae consigo, por una parte, la reparación de muchos árboles que, naciendo vigorosos en esta tierra ingrata, nos abandonaron para dar sus estimables frutos en regiones más agradecidas, y por otra, la apatía y el silencio de los que viven obligados a respirar en una atmósfera impropia para el desarrollo de sus nobles aficiones.

»De vez en cuando brilla una llamarada de entusiasmo, pero esto pasa pronto y volvemos a quedar en esta *venturosa* quietud que parece constituir nuestro carácter distintivo.

»Nuestro humildísimo teatro mantiene cerradas sus puertas con una obstinación alarmante. El linaje de los actores se ha olvidado por completo de nosotros, y gracias a la agrupación de algunos notables aficionados al arte lírico, no hemos perdido ya de un todo la costumbre de hacer una visita, siquiera sea de tarde en tarde, a este vetusto y probrísimo templo de Melpómene y Talía.

»Actualmente trabaja con plausible actividad nuestra Sociedad Económica de Amigos del País». Hace poco se ha reorganizado, y en este nuevo período de su vida, viene celebrando sin intermitencia sus periódicas sesiones, en las que se inician y discuten importantes asuntos, muchos de ellos íntimamente relacionados con los intereses generales de la provincia, y no pocos con los especiales de esta localidad. A ella se debe el pensamiento e iniciativa de una exposición provincial, idea provechosa que fue muy bien recibida, pero difícil de realizar por la falta absoluta de recursos indispensables para llevarla al terreno práctico.

»La cuestión del ferro-carril, que ha de enlazarnos con la línea general, está ya debatida hasta la saciedad. Alguna que otra vez se remueve para quedar de nuevo en el silencio y el olvido. En cambio, Linares, pueblo rico y próspero de esta provincia, ha tenido la dicha de ver realizada en aquel sentido su aspiración y propósito, consiguiendo a la vez el establecimiento del alumbrado de gas, de cuyo beneficio aquí estamos privados, y sin esperanzas de conseguirlo.

»La premura de tiempo me obliga a poner término a la presente. Procuraré ser más extenso en la próxima carta, y hasta entonces, señor director, se repite de usted su afectísimo amigo q.s.m.b.».

No creo preciso insistir en mayores comentarios, los que, inevitablemente, me inducirían a reincidir en lo ya dicho.